

Escuelas filosóficas y científicas como referentes para pensar las escuelas

de pensamiento de la Universidad
de La Salle



Jorge Augusto Coronado Padilla*
Andrzej Lukomski Jurczynski**

■ Resumen

¿Cuándo y cómo surgieron las escuelas de pensamiento? Este es el interrogante que se ha tratado de responder en este escrito. Se ha recurrido a la historia del pensamiento filosófico y científico desde Tales de Mileto hasta nuestros días, con el ánimo de encontrar las claves y el sentido de la existencia de las múltiples corrientes y escuelas de pensamiento, que han nacido, se han desarrollado y han perdido vigencia en la historia de la humanidad. Conocer su desarrollo y entender su dinámica ayudará a comprender su génesis para, así mismo, sentar las bases de una nueva escuela de pensamiento en la Universidad de La Salle. Este recorrido por

* Ingeniero en Máquinas Electrónicas Computadoras, del Instituto Politécnico de Kharkov, Ucrania; especialista en Análisis de Datos, de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia; especialista en Informática para la Gestión Educativa, de la Universidad Autónoma de Colombia, Bogotá; magíster en Ciencias de la Ingeniería, del Instituto Politécnico de Kharkov; magíster en Docencia, de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: jcoronado@unisalle.edu.co

** Licenciado en Filosofía de la Universidad de Cracovia, Polonia; doctor en Filosofía, de la Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Profesor asociado, de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia; docente adscrito al Departamento de Formación Lasallista. Correo electrónico: ajurczynski@unisalle.edu.co

la historia del pensamiento filosófico y científico ha permitido encontrar que sus múltiples teorías y planteamientos se cruzan y entrelazan, y generan así encuentros y divergencias en la continua búsqueda de la verdad, lo que ha incidido, de manera determinante, en la forma como el hombre analiza el mundo, lo identifica y se relaciona con él.

Palabras clave: escuelas de pensamiento, escuelas filosóficas, escuelas científicas, paradigma, teorías.

*Toda verdad sólo encuentra una existencia efectiva
e innegable en la imaginación de los hombres.
La imaginación, y no la invención, es el maestro
supremo del arte, así como la vida.*

Joseph Conrad

Introducción

La tradición afirma que fue Pitágoras de Samos el creador del término *filosofía*, aunque desde el punto de vista histórico este es un hecho que no ha sido del todo comprobado. Se cuenta que Leonte le preguntó a Pitágoras si quería ser llamado “sabio” (*sófos*) y este contestó que le bastaba con el nombre de filósofo (*filos-sofos*), amante o aficionado a la sabiduría.

Sin duda, refiere Reale y Antiseri (2001), que el término fue acuñado por un espíritu religioso que presuponía que solo a los dioses les era posible una *Soffia* (una sabiduría), es decir, una posesión cierta y total de la verdad; mientras que consideraba que al hombre solo le era posible una tendencia a la *Soffia*, una continuada aproximación a la verdad, un amor al saber jamás del todo satisfecho, de donde surge precisamente el nombre de “filo-sofia”, “amor a la sabiduría” (p. 29).

Desde ese preciso momento en que se habló de filosofía, comenzaron a surgir preguntas de diversa naturaleza cuyo fin primordial era saber y comprender el por qué y el cómo de lo que existía. Antes de la filosofía, el hombre atribuía a los dioses

y a la magia las causas de los fenómenos que veía, que no se podían explicar y para los cuales no encontraba una razón lógica. Interrogantes como ¿por qué existe todo?, ¿de dónde ha surgido?, ¿cuál es su razón de ser?, ¿qué es la materia?, ¿qué es el espíritu?, entre muchos otros, constituyen la razón legítima para que el hombre aspire a un saber superior y desee alcanzar ese conocimiento que le permita dar respuesta a todo aquello que le ha causado cuestionamiento permanente.

Creeríamos que una de las preguntas fundamentales, objeto de la reflexión crítica y metódica del hombre, es ¿por qué este ha sentido la necesidad de filosofar? Los antiguos respondían que dicha necesidad es inherente a la naturaleza misma del hombre: "Todos los hombres [escribe Aristóteles] por naturaleza aspiran al saber" Más aún: "El ejercitar la sabiduría y el conocer son deseables en sí mismos para los hombres: no es posible vivir como hombres sin tales cosas". Y los hombres tienden al saber porque se sienten llenos de asombro o de admiración; afirmaban Platón y Aristóteles lo siguiente:

Los hombres han comenzado a filosofar, tanto ahora como en los orígenes, debido a la admiración: al principio quedaban admirados ante las dificultades más sencillas, pero después, avanzando poco a poco, llegaron a plantear problemas cada vez mayores, como los problemas referentes a los fenómenos de la luna, del sol y de los astros, y luego, los problemas referentes al origen de todo el universo (Reale y Antiseri, 2001, p. 31).

En consecuencia, el origen de la filosofía está en esa admiración que surge en el hombre cuando se enfrenta con el todo, con lo desconocido, y se pregunta cuál es el origen y el fundamento de este y qué lugar ocupa él mismo en este universo. Según Reale y Antiseri (2001), la filosofía es algo inevitable e irrenunciable, precisamente porque es inevitable la admiración ante el ser, al igual que es irrenunciable la necesidad de satisfacerla (p. 31).

Se ha querido, a través del presente trabajo producto de la reflexión conjunta e interdisciplinaria, entender la causa primigenia de las escuelas de pensamiento filosófico y científico que han surgido a lo largo de casi diecisiete siglos de historia del hombre, así como identificar qué las ha caracterizado y convertido

en escuelas de pensamiento universales. No se pretende hacer un estudio histórico detallado de todas y cada una de ellas, pero sí realizar un seguimiento cronológico que permita establecer relaciones entre unas y otras, evidenciar cómo ha sido la evolución de su pensamiento e ideas filosóficas y científicas en el marco de los contextos históricos en los cuales surgieron y se desarrollaron, y cuál ha sido el impacto y legado que han tenido en el pensamiento universal y en el desarrollo de la humanidad a través de los tiempos.

Las escuelas filosóficas

Casi una totalidad de los estudiosos considera que la filosofía, como término, concepto o ciencia, surge en la antigua Grecia. La superioridad de los griegos con relación a los demás pueblos, aún aquellos que habían logrado elevados niveles de civilización antes que estos (manifestaciones artísticas de diversa naturaleza, conocimientos y habilidades de distinta clase, instituciones políticas, organizaciones militares, etc.), no es de carácter puramente cuantitativo, sino cualitativo, en la medida en que lo que aquellos crearon al instituir la filosofía constituyó, en cierta medida, una novedad absoluta, determinante en la cosmovisión y desarrollo de las naciones que surgieron a partir de ellos.

Por lo anterior, cobra especial importancia, estudiar y profundizar no solo en las ideas novedosas y revolucionarias de los griegos, sino también en los efectos que causaron en el pensamiento posterior y en todas aquellas teorías que dieron origen a escuelas, movimientos y corrientes de pensamiento cuyos postulados hicieron cambiar al mundo, transformar las vidas de muchos e, incluso, desatar guerras ideológicas, algunas de las cuales aún persisten.

Demos pues comienzo a este recorrido histórico que se ha tratado de esquematizar en la tabla I.

Tabla I.

Principales escuelas y corrientes filosóficas de Occidente

Edad	Escuela	Representante principal	Época	
Antigua	Precocráticas	Escuela de Mileto	Tales de Mileto; Anaximandro y Anaxímenes	Siglo VI a. C.
		Eleática	Parménides de Elea; Zenón de Elea	Siglos VI y V a. C.
		De Abdera	Demócrito; Leucipo	Siglos V y IV a. C.
	Socráticas	Cínica	Antístenes	Siglos V y IV a. C.
		Cirenaica	Aristipo de Cirene	Siglos V y IV a. C.
		Platonismo (Academia)	Platón	Siglo IV a. C.
		Peripatética (Liceo)	Aristóteles	Siglo IV a. C.
	Helenísticas	Epicureísmo (Jardín de Epicuro)	Epicuro	Siglo IV a. C.
		Estoicismo	Zenón de Citio	Siglo III a. C.
Escepticismo		Pirrón de Elis	Siglo III a. C.	
Media	Escuela Dominicana	San Alberto Magno; Santo Tomás de Aquino	Siglo XII	
	Escuela Franciscana de París	Guillermo de La Mare; Mateo de Aquasparta; Buenaventura de Fianza	Siglo XIII	
	Escuela de Oxford	Roberto Grosseteste, Roger Bacon, Duns Scoto	Siglo XIV	
	Escuela de San Víctor	Guillermo de Champeaux; Hugo de San Víctor	Siglo XI a XII	
Moderna	Escocesa	Thomas Reid; Adam Smith; James Watt	Siglo XVIII	
	Hegelian	Georg Wilhelm Friedrich Hegel;	Siglo XIX	
Contemporánea	Círculo de Viena	Milritz Schlick; Hans Hahn; Felix Kaufmann	Siglo XX	
	Escuela de Frankfurt	Karl Garünberg; Fridrich Pollock; Marx Horkheimer	Siglo XX	
	Pragmática	Charles Pierce; John Dewey; William James	Siglo XIX	

Fuente: elaboración propia.

Escuelas filosóficas de la Antigüedad

Cuando pensamos en las escuelas filosóficas de la edad antigua tenemos que ubicarnos, necesariamente, en Grecia, en el período comprendido entre el siglo VI a. C. y el siglo VI de nuestra era. En este largo período de la historia humana, resalta el año 529 d. C., como un año crucial para el desarrollo de la civilización occidental. Este periodo marca el fin de las escuelas paganas al ser clausuradas de manera definitiva por el emperador romano Justiniano.

En la Grecia antigua la escuela había nacido como una especie de confraternidad y estaba organizada mediante reglas específicas de convivencia y de conducta. Su finalidad consistía en la realización de determinado tipo de vida y, con respecto a dicha meta, la ciencia y la doctrina actuaban como medio, un medio que era un bien común, que todos compartían y al cual todos procuraban incrementar. En estas escuelas se consideraba que las doctrinas eran un secreto del cual solo los adeptos podían entrar en conocimiento y cuya difusión se hallaba severamente prohibida.

Esta es la más antigua escuela filosófica de la que se tenga noticia hasta ahora. Fue fundada por Tales de Mileto y a ella pertenecían su discípulo Anaximandro y quien fuera, a su vez, discípulo de este último, Anaxímenes. Esta escuela se interesaba por los problemas cosmológicos y centraba su atención, principalmente, en la búsqueda del origen del universo.

Tanto Tales como Anaxímenes y todos sus demás seguidores creían que el origen del universo se encontraba en algún tipo de elemento material, el cual constituía la base de todo lo existente. Para Tales, en particular, el origen del universo estaba en el agua; así no lo recuerda Aristóteles en su *Metafísica* (citado por Greedo, 1970), cuando escribe:

La mayoría de los primeros filósofos consideró que los principios de todas las cosas eran sólo los que tienen aspecto material [...] En cuanto al número y la forma de tal principio, no todos dicen lo mismo, sino que Tales, el iniciador de este tipo de filosofía, afirma que es el agua, por lo que también declaró que la tierra está sobre el

agua. Concibió tal vez esta suposición por ver que el alimento de todas las cosas es húmedo y porque de lo húmedo nace el propio calor y por él vive. Y es que aquello de lo que nacen es el principio de todas las cosas. Por eso concibió tal suposición, además de porque las semillas de todas las cosas tienen naturaleza húmeda y el agua es el principio de la naturaleza para las cosas húmedas (p. 129).

Escuela de Mileto

Plutarco, mencionado por Bernabé (2008), hace referencia a este principio característico de la Escuela de Mileto en los siguientes términos: “Creen que también Homero, como Tales, considera al agua principio y génesis de toda cosa por haberlo aprendido de los egipcios” (p. 48).

Para Anaximandro, el origen del universo no radicaba en el agua como lo afirmaba su maestro, sino que estaba centrado en el elemento *ápeyron*, que quiere decir lo indeterminado. Simplicio, citado también por Bernabé (2008), referencia lo siguiente:

Anaximandro [...] dijo que el “principio”, o sea, el elemento de los seres, es lo indeterminado, siendo el primero en introducir este nombre para el principio. Dice que éste no es agua ni ningún otro de los llamados elementos, sino una naturaleza distinta, indeterminada, de la que nacen todos los cielos y los mundos que hay en ellos. “Las cosas perecen en lo mismo que les dio el ser, según la necesidad. Y es que se dan mutuamente justa retribución por su injusticia, según la disposición del tiempo”, enunciándolo así en términos más propios de la poesía [...] Así que no concibe la generación como una transformación del elemento, sino por la segregación de los contrarios, a causa del movimiento eterno [...] Los contrarios son: caliente-frío, seco-húmedo y los demás (p. 48).

A diferencia de los dos anteriores, Anaxímenes plantea una tercera opción para explicar el origen del universo. Él afirma que su origen está en el aire. Así nos lo hace saber Hipólito en la traducción de Bernabé (2008):

Anaxímenes, que también era milesio e hijo de Eurístrato, dijo que el principio era aire indefinido, del cual nacen tanto las cosas que están llegando a ser como las que ya fueron y las que serán, así como dioses y seres divinos, mientras que lo demás nace de los descendientes de aquél (pp. 66 y 67).¹

Pero Hipólito va mucho más allá en su relato, puesto que describe cómo Anaxímenes caracteriza el aire y cómo él explica la ocurrencia de ciertos fenómenos naturales, así como también la aparición de objetos celestes y terrenales. En efecto anota:

El aspecto del aire es el siguiente: invisible a la vista cuando se encuentra en su término medio, si bien se hace notar por lo frío, lo caliente, lo húmedo y al moverse (Y es que se mueve siempre, pues no cambiaría cuanto cambia si no se moviese). En efecto, al condensarse y al enrarecerse se manifiesta de un modo diferente, pues cuando se dispersa hacia la forma más sutil, se torna en fuego; los vientos, a su vez, son aire que se está condensando. Del aire se forma asimismo la nube por apelmazamiento, y el agua, por uno aún mayor; condensado en mayor grado, se torna en tierra, y en grado sumo de condensación, en piedras, de modo que lo principal de la generación son los contrarios: caliente y frío. La tierra es plana y monta sobre el aire. De modo semejante, también el sol, la luna y las demás estrellas, que son todas de fuego, cabalgan sobre el aire por el hecho de ser planos. Las estrellas nacen de la tierra, porque de ella asciende humedad que, enrarecida, se torna fuego, y del fuego que alcanza las alturas se configuran las estrellas. Hay asimismo naturalezas terrestres en el lugar donde se hallan las estrellas, que giran a la par que ellas. Dice que las estrellas no se mueven por debajo de la tierra, como otros han supuesto, sino alrededor de la tierra, igual que el fieltro da la vuelta alrededor de nuestra cabeza. El sol no se oculta porque se halle debajo de la tierra, sino cuando está cubierto por las partes más altas de la tierra y cuando se hace mayor la distancia entre él y nosotros. Las estrellas no calientan por la gran magnitud de su distancia. Los vientos surgen cuando el aire se ha condensado y se mueve a sus impulsos. Al concentrarse y hacerse más espeso, da lugar a las nubes, y así se torna en agua. El granizo se produce cuando el agua caída de las nubes se solidifica, y la nieve, cuando son estas mismas

¹ Fragmento de Hipólito tomado de Refutación de todas las herejías I.7 (A 7).

las que adquieren solidez cuando están bastante cargadas de agua. El relámpago, cuando las nubes se abren por la violencia de los vientos, pues al abrirse aquéllas se produce un resplandor brillante y de fuego. El arco iris surge al caer los rayos del sol sobre el aire comprimido, y el terremoto, cuando la tierra se ve alterada en grado sumo por el calor y la congelación (Bernabé, 2008, pp. 66 y 67).

No dejan de ser impresionantes los anteriores testimonios acerca de cómo se originó el universo, no solo porque evidencian que hubo mentes inquietas que se atrevieron a formular hipótesis originales al respecto, sino porque estas mentes dieron origen a actividades, no comunes para aquella época y sociedad, acostumbrada a explicar todos los fenómenos desde la divinidad y el misticismo, y que hoy les daríamos el status de académicas o científicas.

Un análisis juicioso de los postulados de la Escuela de Mileto permite establecer que lo que la caracteriza en esencia es su pensamiento crítico. En esta escuela, como apunta Popper (1999, p. 58), es permitida la crítica al maestro, lo que es algo excepcional en la tradición de las escuelas griegas, ya que normalmente estas seguían el pensamiento de su fundador aplicándolo en diferentes campos del saber.

En este sentido, el discípulo no está llamado a repetir las enseñanzas de su maestro; por el contrario, debe hacer su crítica personal, interpretar dichas enseñanzas según su apreciación y saber, exponer de manera libre y autónoma su pensamiento y presentar sus propias apreciaciones y soluciones. Así las cosas, los discípulos van encontrando cierta independencia conceptual y de pensamiento, frente a las ideas de su maestro, como es el caso presentado de Tales con su alumno Anaximandro, o de este con su discípulo Anaxímenes. Ahora bien, no quiere decir esto que los contradictores tuviesen el interés de crear una nueva escuela a la sombra de aquella en la que se formaron; simplemente esta dinámica constituye un ejercicio autónomo del pensar —propio de hombres libres— a través del cual los discípulos quedan inmersos en procesos de aprendizaje mediante el cuestionamiento y puesta en duda, permanente, de las afirmaciones y creencias de su maestro.

Escuela de Elea

Esta escuela fue fundada por Parménides, filósofo griego, nacido entre el 530 a. C. y el 515 a. C., en la ciudad de Elea, colonia griega del sur de la Magna Grecia (Italia). Magna Grecia fue el nombre usado por los romanos para referirse a la región sur de la península itálica, incluida la isla de Sicilia, un territorio que ocupaban los emigrantes helenos procedentes de *Graia* (Γραια) y que finalmente se convirtió en colonia griega.

Se cree que Parménides provenía de una familia rica y noble, y que su primer maestro fue Jenófanes, de quien se apartó para asociarse posteriormente con un pitagórico de nombre Aminias, al que prefirió finalmente como maestro. Sin embargo, otra versión proveniente de Teofastro indica que fue discípulo de Anaximandro.

En el ámbito de la filosofía de la *physis* (elementos materiales del universo), Parménides se presenta como un innovador. En su escuela, la cosmología se transforma en una ontología (teoría del ser). Esta escuela pasa de la reflexión física cosmológica a la reflexión metafísica; es el paso de lo puramente sensible a lo intelectual (Reale y Antiseri, 2001, p. 55).

El fenómeno físico es una apariencia de algo más profundo que recibe el nombre de *ser*. "Y ya sólo la mención de una *vía* queda; la de que es. Y en ella hay señales en abundancia; que ello, como es, es ingénito, entero, único, inmutable y completo" (Bernabé, 2008, p. 158).

El objeto de reflexión debe ser exactamente este ser y no las apariencias. La reflexión filosófica a partir de esta escuela es puramente intelectual y apela a las intuiciones racionales que tienen soporte en un pensamiento de carácter deductivo. Esto significa que las intuiciones sensoriales logradas por la observación quedan reemplazadas por las intuiciones intelectivas que son fruto de los procesos lógicos de la mente. Dicho de otra manera, las intuiciones sensoriales quedan abolidas, pierden cualquier valor cognoscitivo; hecho que pone en peligro el contacto de la reflexión filosófica con el mundo sensible.

Es importante resaltar que la defensa de los postulados de Parménides la hace Zenón de Elea, a través de sus famosas “Paradojas de Zenón”.

Escuela de Abdera

Esta escuela es una contrapropuesta a las ideas formuladas por Parménides. Fue fundada por Demócrito (460-370 a. C.) y Leucipo (siglo V a. C.), quien fue discípulo de Zenón de Elea. La escuela toma su nombre de la ciudad de Abdera, sitio de nacimiento de su principal representante, Demócrito.

En la Escuela de Abdera recibió sus primeras enseñanzas Sócrates. El postulado principal de esta escuela, que dio origen a su doctrina, establece que el ser no es unidad, sino un compuesto de varios elementos simples e indivisibles llamados átomos. Solo existen los átomos y el vacío donde se mueven estos, lo que forma infinitos mundos y los distintos cuerpos que conocemos. De aquí el calificativo de *escuela atomista*.

Esta escuela estuvo en el olvido hasta la aparición de Niels Bohr (1885-1962), físico danés nacido en Copenhague y premio Nobel de Física en 1922, quien basado en las ideas metafísicas de esta escuela y las teorías de su maestro Ernest Rutherford (Átomo de Rutherford) construye su *modelo atómico de Bohr* en 1913, contribución determinante para la comprensión de la estructura del átomo y la mecánica cuántica; fundamento para la construcción de la teoría del átomo, muy conocida en el siglo XX y que se ha constituido en la base de la enseñanza de la física moderna (Reale y Antiseri, 2001, p. 67).

Como señala Aristóteles (citado por Bernabé, 2008):

Leucipo creyó tener unas razones que, expresadas en forma coincidente con la percepción, no refutaban ni el nacimiento ni la corrupción ni el movimiento ni la pluralidad de los seres. Haciendo tales concesiones a los fenómenos sensibles y asimismo a los que postulan la unidad, la de que no existe movimiento sin vacío, afirma que el vacío no es, y que nada hay en el ser que no sea, dado que lo que es, en sentido propio, es completamente pleno. Ahora bien, tal ser, según él, no

es uno, sino múltiple en cantidad, mas son seres invisibles por la pequeñez de su masa (p. 314).

Simplicio complementa la idea anterior, como nos recuerda Bernabé (2008), al decir: “Éste [Leucipo] postuló los átomos [...] como elementos en perpetuo movimiento [...], y que el número es ilimitado” (p. 315).

Una característica común a estas primeras escuelas, conocidas también como presocráticas, es que su interés se centró en comprender el origen del universo, sin pensar, de manera excepcional, sobre el ser humano. En estas escuelas, el ser humano es uno de los elementos cósmicos que hacen parte del universo, como lo pueden ser el sol, las montañas o los animales; por lo tanto, no se le da al hombre ninguna trascendencia o importancia especial. Esta postura decepcionó a Sócrates porque no proporcionaba ningún sentido de la vida, no daba ninguna orientación, ni determinaba tampoco ningún fin para la vida humana.

Sócrates de Atenas (470-399 a. C.) es considerado uno de los más grandes filósofos, no solo de la antigüedad, sino también de la filosofía occidental y universal. Fue maestro de Platón, quien a su vez tuvo como discípulo a Aristóteles. Sócrates, Platón y Aristóteles fungen como los grandes pilares y representantes de la filosofía de la Antigua Grecia. Sócrates, a pesar de que no escribió nada, dejó como legado la preocupación por el ser humano, uniendo la problemática de este con la metafísica. De esta manera, dio origen a varias escuelas que en común tienen la preocupación por el ser humano, su sentido y significado.

Escuelas socráticas

En estas escuelas la felicidad es el fin último de la vida, y este fin debe ser tratado en sí mismo o conjuntamente mediante la reflexión metafísica. Existen las escuelas socráticas menores y las escuelas socráticas mayores; en las menores, la reflexión metafísica no se considera, únicamente se reflexiona antropológicamente, es decir, lo que importa es la vida del hombre en sí mismo, sin contextos metafísicos. Ejemplo de estas escuelas menores son la Escuela Cínica y la Escuela Cirenaica. En las escuelas socráticas mayores, la reflexión antropológica

es acompañada por la reflexión metafísica. Estas reflexiones no son yuxtapuestas; el análisis del hombre se lleva a cabo en el plano metafísico. Hacen parte de estas escuelas la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles.

Escuela Cínica de Antístenes

Antístenes nació en Atenas en el año 444 a. C. y murió en el año 365 a. C. Fue alumno del sofista Gorgias y conoció a Sócrates, de quien se convirtió en su principal discípulo. Enseñaba en un gimnasio público llamado Cinosargo, ubicado en las afueras de las murallas de la antigua Atenas. Este nombre tiene su origen en una leyenda sobre un *kynos argos*, que significa “perro blanco”, del griego *kyon* (“perro”) y *argos* (“blanco, brillante o ágil”) (*Diccionario etimológico de la Real Academia Española*, 2015). Según la leyenda, *kynos argos* le roba a un ateniense llamado Dídimo la ofrenda que este les estaba haciendo a los dioses. Dídimo, alarmado, es tranquilizado por un oráculo que le pide que edifique un templo a Heracles en el mismo sitio donde el perro dejó la ofrenda.

En el Cinosargo acostumbraban a reunirse los habitantes de Atenas que no eran de ascendencia ateniense pura y que por lo tanto eran señalados, despreciativamente, como cínica, “Los Perros”. De allí proviene entonces el nombre de la Escuela de Antístenes o Escuela Cínica, es decir, Escuela de los Perros o para los Perros.

Las enseñanzas de Antístenes eran las típicas de un sofista, con la diferencia de que no consideraba a la disputa una preparación para la formación intelectual, sino una preparación para la vida virtuosa. De hecho, la única enseñanza que se debía dar al hombre —según Antístenes— era la de la virtud, para que pudiera saber lo que le convenía. En su escuela se comentaban las obras de Homero y los mitos griegos, y se tenía a Hércules como modelo de sabio (GetCITED, 2015).

Antístenes, aunque se inspiraba en Hércules, a quien había dedicado el Cinosargo, tenía una fuerte admiración por Sócrates. Resaltaba en él sus capacidades práctico-morales, la independencia de criterio, el desinterés por la riqueza y

las posesiones materiales, así como la capacidad de bastarse a sí mismo y la capacidad de autodominio. Se cree que el haber acompañado a Sócrates en sus últimos momentos y el haber sido testigo de su inmensa tranquilidad y fortaleza frente a la muerte, le inspiraron el concepto de *ataraxia* (*imperturbabilidad, indiferencia ante las pasiones*).

El centro de la doctrina de los cínicos se encontraba en la virtud, que era entendida como la conformidad con la naturaleza. Para los cínicos, la virtud era un saber, pero un saber vivir, no un conocimiento puramente teórico. La virtud, que permite alcanzar la felicidad, consiste en la autarquía, el dominio de sí, el desapego por todo bien material y por toda necesidad superflua o artificial. Sostenían que para alcanzar la felicidad, el sabio debía dejar atrás el dinero, la familia y la fama. Rechazaba toda convención social, en la convicción de que las instituciones y las costumbres no hacían sino atar al hombre (GetCITED, 2015). Los miembros de esta escuela vestían un manto, un zurrón y un bastón como símbolo de liberación de toda atadura y no tomaban nada que no pudiesen llevar consigo.

Señala Reale y Antiseri (2001, p. 101) que Antístenes limitó al mínimo los aspectos doctrinales, normativos y reglamentarios que se basaban en reflexiones especulativas. Para esta escuela lo más importante no era el contenido de lo que Sócrates enseñaba, sino su ejemplo de vida caracterizado por el autodominio y la autosuficiencia personales.

Otros representantes de esta escuela fueron Crates de Tebas, Diógenes de Sínope y Diógenes Laercio. El mejor ejemplo de vivencia de los fundamentos doctrinales de los cínicos es ofrecido por Diógenes Laercio, que muestra un total desprendimiento de todo lo convencional, mundano y superfluo de la vida y que esclaviza al hombre y le impide así alcanzar su autodominio personal como fundamento de su verdadera felicidad.

Escuela cirenaica de Aristipo

Aristipo (435-350 a. C.) nació en Cirene, una antigua ciudad griega ubicada al norte de la actual Libia. Fue la más importante de las cinco colonias griegas de la región, y le di el nombre a esta de Cirenaica. Fue un estudioso de las obras y pensamiento de los sofistas; fue predecesor de Epicuro. Se trasladó a Atenas y se hizo discípulo de Sócrates. A la muerte de este último, crea una escuela de filosofía en su ciudad natal, que se conoció como Escuela Cirenaica, la cual estaba emparentada con la escuela megárica de Euclides y la cínica de Antístenes. A diferencia de su maestro, Aristipo cobraba importantes sumas de dinero por sus enseñanzas.

La escuela cirenaica conocida más comúnmente como Hedonismo, tuvo diferentes vertientes: los cirineos, seguidores de Aristipo; los anicerios, seguidores de Aníceris; los seguidores de Hegesías, conocidos como hegesíacos y los teodorios que seguían las enseñanzas de Teodoro, el ateo. Se afirma que estos filósofos representaron más una tendencia filosófica que una escuela propiamente dicha. Sus reflexiones estaban dirigidas, fundamentalmente, a cuestiones de ética y sostenían que el bien se relaciona con el placer y por sobretodo con el placer espiritual. Según Aristipo, la felicidad del hombre consiste en liberarse de toda inquietud a través de la autarquía (autosuficiencia).

Los cirenaicos rechazaron las investigaciones físicas y matemáticas ya que no tenían ninguna relación con el bien ni con la felicidad. Redujeron el conocimiento de las cosas a sensaciones, entendidas como estados subjetivos e incommunicables intersubjetivamente. Desde esta posición, cada uno tiene su propia verdad y su propio conocimiento; no existen conocimientos objetivos ni tampoco la verdad como algo objetivo. Desde esta concepción, la felicidad no es el producto de una reflexión o acción humana objetiva, sino que cada individuo construye su propia felicidad y posee su propia verdad. Esta posición dio origen a lo que hoy llamamos "relativismo absoluto", el cual relativiza todo, dentro y fuera del sistema, a diferencia del relativismo einsteniano, que relativiza los fenómenos estrictamente sujetos a un sistema de referencia. Esta condición hace que dicho fenómeno deje de ser absolutamente relativo al ser sometido a las reglas y condiciones del sistema al que pertenece (Reale y Antiseri, 2001, p. 103).

Lo anterior se comprende mejor al considerar un ejemplo trivial como el siguiente: en un partido de fútbol se enfrentan dos equipos. El objetivo es que el equipo contrario, a través de cualquiera de sus jugadores, sin determinar uno en particular, marque un gol a su oponente. En esta circunstancia de juego, el sistema no considera como permitido que dicho jugador haga un autogol o que lo haga por fuera de las reglas de juego establecidas. Si el partido de fútbol es considerado como un mundo relativo absoluto, entonces en este no existirían las reglas de juego; por lo tanto, todo sería permitido para lograr el fin, es decir, el gol puede ser marcado sin importar cómo se haga. Esta situación expresa el pensamiento de Aristipo.

A diferencia de lo anterior, el mundo del relativismo einsteniano, correspondería al partido de fútbol sometido a las reglas de juego que obligan de manera absoluta a jugar de acuerdo con los preceptos de estas, las cuales son mandatorias para el juego. De esta manera, un gol será validado si se hace dentro del marco de la reglamentación del sistema y que ha sido adoptado para el juego.

Academia de Platón

La Academia de Atenas o Academia platónica fue una escuela filosófica fundada por Platón alrededor del año 388 a. C. y señala un acontecimiento memorable para la época, dado que en Grecia no habían existido antes instituciones de esta clase.

La denominación de academia deriva del griego antiguo *Ἀκαδημία* o *Academo*, nombre de un legendario héroe ateniense referenciado en la mitología griega, y que según la leyenda fue enterrado en un bosque sagrado conocido como los Jardines de Academos, lugar en el que Platón habría fundado su academia.

En la época clásica, el nombre del lugar había evolucionado del griego arcaico *Hekademeia*, que quiere decir "fuera de los muros de Atenas", en *Akademeia*, que es su actual acepción. Fue un centro que actualmente llamaríamos de "estudios superiores", en el cual se desarrolló casi todo el trabajo en matemáticas

de la época, aunque también se enseñaban otras disciplinas como la Medicina, la Retórica y la Astronomía. Su denominación está ligada a una famosa anécdota que señala que en el frontispicio de la academia había una inscripción que decía: "Aquí no entra nadie que no sepa geometría".

Aunque la Academia de Platón había sido destruida durante la Primera Guerra Mitridática y refundada en el año 410 d. C, fue clausurada definitivamente en el año 529 d. C. por el emperador Justiniano. La Academia de Platón es considerada la predecesora de las universidades.

Por otro lado, mientras vivió Platón, la academia estuvo regida bajo el principio de que el conocimiento vuelve mejores a los hombres y, por consiguiente, también a la sociedad y al Estado. Precisamente, con el fin de alcanzar este objetivo ético-político, la academia abrió sus puertas a personalidades que poseían una formación y unas tendencias muy diversas. Ampliando en gran medida los horizontes socráticos, Platón invitó a dar clases a matemáticos, astrónomos e incluso a médicos, que promovieron fértiles debates en el seno de la escuela en aquellos tiempos acerca de la teoría de las ideas (Reale y Antiseri, 2001, p. 139).

El mismo Platón fue prolífico en su pensamiento y participó activamente en la enseñanza de diversos temas como filosofía política, ética, psicología, antropología filosófica, epistemología, gnoseología, metafísica, cosmogonía, filosofía del lenguaje y filosofía de la educación.

Dentro de los alumnos más reconocidos de la Academia de Platón se encontraban Aristóteles, quien posteriormente abrió su propio centro de enseñanza, conocido con el nombre de Liceo, y el astrónomo Heráclides Póntico, seguidor de las teorías de Pitágoras. Otros discípulos fueron el emperador Juliano; Basilio de Cesarea,² quien llegó a ser obispo y santo de la iglesia ortodoxa, uno de los cuatro Padres de la iglesia griega y Gregorio Nacianceno, conocido más como

² Al margen de nuestra reflexión y como una curiosidad histórica, San Basilio es el nombre que en la tradición griega lleva *Papá Noel*. Es él quien se cree que visita a los niños el primero de enero (cuando tiene Basilio su festividad). Se corresponde con San Nicolás que aparece el día de Navidad, o con los *Reyes Magos*, que llegan el 6 de enero.

Gregorio "El Teólogo", quien fuera arzobispo cristiano de Constantinopla en el siglo IV y gran parte de cuya obra sigue influyendo en los tratados modernos de teología. Estos dos últimos teólogos cristianos, además de sus enseñanzas religiosas, defendieron la idea de que la cultura clásica debía respetarse.

Por las características que conocemos de la Academia de Platón, bien pudiera afirmarse que este era un centro de enseñanza multidisciplinar en el cual la diversidad de profesiones y conocimientos impartidos no era un impedimento para que el pensamiento y la discusión alrededor de un área de investigación común como eran las matemáticas, y en particular la geometría, pudiesen ser tratados de manera preponderante. Tal vez este sea un claro ejemplo de que la investigación interdisciplinar alrededor de una teoría común, reconocida por los integrantes de la escuela, sin importar su experticia disciplinar, sea una posibilidad latente para nuestras escuelas de pensamiento.

Liceo de Aristóteles

Después de haber pertenecido a la Academia de Platón por cerca de 20 años, Aristóteles se ausenta de Atenas para ejercer como preceptor del hijo de Filipo II de Macedonia, Alejandro Magno. A su regreso a Atenas, en el año 336 a. C., en lugar de retornar a la Academia de Platón decide fundar su propio centro de enseñanza, en un sitio cercano al templo de Apolo Licio, de donde tomó el nombre de *Liceo* (del gr. *Λύκειον*).

Cuenta la tradición que Aristóteles gustaba de leer y enseñar a sus discípulos dando paseos (en griego pasear significa *peripatein*), ya fuera por los jardines y enramados elevados del Liceo, o por los portales cubiertos de este, conocidos como *peripatoi*. Debido a esta consideración etimológica, a los seguidores de Aristóteles se les llamo peripatéticos (*περιπατητικοί*) y al recinto donde se reunían a aprender, Peripatos.

Con el tiempo, el Liceo pasa de ser un centro de enseñanza a convertirse en un círculo filosófico de pensadores (escuela de pensamiento) de la Antigua Grecia, que se conoció con el nombre de *escuela peripatética*. El peripato se contrapu-

so a la academia y durante determinado período la eclipsó por completo (Reale y Antiseri, 2001, p. 142).

Con la muerte de Alejandro Magno, se desata una persecución contra los considerados “amigos de los macedonios”, entre los que se contaba Aristóteles. Frente a esta situación, claramente política, Aristóteles se ve obligado a huir de Atenas y desplazarse a la isla de Eubea, donde muere en el 322 a. C. Tras la huida de Aristóteles, Teofrasto le sucede en la dirección del Liceo y la escuela comienza a preocuparse más por cuestiones naturalistas y científicas que por problemas estrictamente filosóficos.

Es importante resaltar que la diferencia entre la escuela de Platón y la de Aristóteles no se encuentra en la vertiente filosófica, sino en la esfera de los demás intereses. Aristóteles, en las obras esotéricas, abandona el elemento místico-religioso, tan apreciable en los escritos de su maestro. Al dejar de lado este componente, Aristóteles quiso proceder a un discurso filosófico más riguroso (Reale y Antiseri, 2001, p. 163).

Una segunda diferencia fundamental entre estas escuelas reside en que la Academia de Platón se interesó por las ciencias matemáticas, pero no por las ciencias empíricas. En general, en esta escuela no se manifestó ningún interés por los fenómenos empíricos en sí mismos considerados. En la escuela peripatética, en cambio, se mostró un interés muy vivo por casi todas las ciencias empíricas y escaso aprecio por las matemáticas, al igual que por los fenómenos en cuanto tales, como puros fenómenos.

Otro elemento importante y común a estas dos escuelas es que tenían un sitio físico donde maestro y discípulos se reunían para desarrollar su actividad de enseñanza y aprendizaje. Es decir, esta se llevaba a cabo en el interior de un recinto determinado, como sucede hoy en día en las escuelas primarias, de secundaria e instituciones de educación superior, en general.

Después de Aristóteles, se consideran como los más afamados miembros de la escuela peripatética los siguientes: Teofrasto, reconocido por sus retratos

morales (*Caracteres*) y trabajos sobre botánica; Estratón de Lámpsaco, quien incrementó los elementos naturales de Aristóteles y abrazó una forma de ateísmo; Andrónico de Rodas, que realizó la primera edición crítica completa de Aristóteles y la organizó en la famosa división de escritos exotéricos y esotéricos, y Aristóxeno, Sátiro, Eudemo de Rodas, entre otros. Las escuelas cínica, cirenaica, el platonismo y la peripatética son conocidas como escuelas socráticas; a partir de ellas, la filosofía entra en la época del helenismo. Esta es la época de oro para las escuelas filosóficas.

Las escuelas helenísticas

Al propagarse entre los distintos pueblos y las diferentes razas, la cultura helénica de la Grecia clásica, se da comienzo a una etapa de la historia antigua conocida como período helenístico. Para la filosofía y las escuelas filosóficas de la época, esto significó salirse del contexto de la polis griega y abrirse hacia el mundo conocido. Estas escuelas van a obtener el reconocimiento como escuelas cosmopolitas, ya que su interés deja de centrarse, exclusivamente, en la transformación de la polis griega para concentrar el objeto de su pensamiento en el hombre como integrante de un mundo abierto, sin fronteras, ni diferencias culturales; es decir, miran al hombre como un ser cósmico, sin patria, sin pertenencia a una cultura determinada y con sus inquietudes de carácter universal.

Jardín de Epicuro

Se considera, en términos cronológicos, que la primera de las grandes escuelas helenísticas fue la de Epicuro, que surgió en Atenas hacia finales del siglo IV a. C. (probablemente en el 307/306 a. C.).

La ubicación de esta escuela en Atenas constituía, en sentido estricto, un desafío de Epicuro a la academia y al liceo. El lugar que eligió Epicuro para su escuela expresa la revolucionaria novedad de su pensamiento: no se trataba de un gimnasio, símbolo de la Grecia clásica, sino de un edificio con un jardín —un huerto, más bien— en las afueras de Atenas. El jardín estaba alejado del tumulto de

la vida pública ciudadana y cercano al silencio de la campiña. De aquí proviene el nombre de Jardín (en griego, *Kepos*) con que fue denominada la escuela, y las expresiones “los del Jardín” o “los filósofos del Jardín” se transformaron en sinónimos de seguidores de Epicuro o epicúreos.

Epicuro se había dado cuenta de que tenía algo nuevo que decir, algo que tenía futuro, mientras que las escuelas de Platón y de Aristóteles se quedaban en el pasado. Epicuro señaló una nueva senda para reencontrar la felicidad y ofreció una doctrina que representa un desafío a la suerte y a la fatalidad, porque mostraba que la felicidad puede provenir de nuestro interior, sean como fueren las cosas externas a nosotros, porque el bien verdadero, en la medida en que vivimos y mientras vivamos, está siempre y exclusivamente en nosotros. El verdadero bien es la vida y para mantener la vida basta con muy poco y este poco se halla a disposición de todos, de cada hombre. Todo el resto es vanidad (Reale y Antiseri, 2001, p. 213).

Para Epicuro la presencia del placer o felicidad era un sinónimo de la ausencia de dolor o de cualquier tipo de aflicción: el hambre, la tensión sexual, el aburrimiento, etc. Era un equilibrio perfecto entre la mente y el cuerpo que proporcionaba la serenidad o ataraxia.

Escuela estoica de Zenón

La escuela estoica se creó en Atenas hacia el 300 a. C. por Zenón de Citio. Zenón, cuya filosofía provenía en gran parte de Crates de Tebas, abrió su escuela en una columnata conocida como la *Stoa Pecile* (pórtico pintado). Entre sus discípulos figuraba Cleantes de Aso, una ciudad de la Tróade, área circundante a la antigua Troya. De él se conserva su Himno a Zeus, en el que expone la unidad, omnipotencia y gobierno moral de la suprema deidad. Cleantes fue seguido por Crisipo de Soli en Cilicia. Estas tres personalidades representan el primer período (300-200 a. C.) de la filosofía estoica.

El segundo período (200-50 a. C.) abarca la difusión generalizada de esta filosofía y su expansión en el mundo romano. A Crisipo le sucedieron Zenón de

Tarso y Diógenes de Babilonia y a estos les sucedieron Antípatro de Tarso y uno de sus alumnos, Panecio de Rodas. Panecio introdujo el estoicismo en Roma y entre sus discípulos estaba Posidonio de Apamea (localidad de Siria), que a su vez fue maestro del gran orador Marco Tulio Cicerón.

El tercer período del estoicismo tuvo su centro en Roma, como sede del Imperio Romano. Durante este período, sobresalen como estoicos Catón de Útica, Lucio Anneo Séneca, Epicteto y el emperador Marco Aurelio Antonino.

El pensamiento estoico clásico es un esfuerzo intelectual por lograr la armonía, retratada en el ideal de sabio. Los estoicos llegaron a concebir un sistema mediante el cual el hombre se insertaba, cabía y se acomodaba en el universo. En parte esto era posible porque dicho sistema permitía explicar la imperfección; pero también porque pensaban que teníamos que saber física, ya que así podíamos explicar el modo como las cosas y los seres se hallaban ligados entre sí, cómo eran la naturaleza y el hombre, y cómo se relacionaba este con aquella. También consideraban que debíamos saber lógica, pues esta nos mostraba de qué manera podían implicarse los acontecimientos y cómo los llegábamos a conocer. Con base en lo anterior y su teoría moral, esperaban que supiéramos cómo debíamos actuar.

En la escuela estoica, más que discípulos en sentido estricto, se trataba de admiradores y de imitadores: buscaban en el maestro sobre todo un nuevo modelo de vida, un paradigma existencial al cual hacer referencia constante; una prueba segura de que, a pesar del hundimiento de los antiguos valores ético-políticos, aún se podía lograr la felicidad y la paz del espíritu, aunque se considerase imposible construir o proponer otra serie de valores (Reale y Antiseri, 2001, p. 224).

Escuela escéptica de Pirrón

Pirrón, nacido en Elis, había comenzado a difundir, a partir del año 323 a. C., el mensaje escéptico. El término *escepticismo* deriva del latín *scepticus* que significa "mirar con cuidado". El escéptico sería entonces la persona que reflexionaba con atención antes de emitir un juicio o de tomar una decisión.

La actitud preventiva del escéptico tiene, por un lado, un fundamento teórico y, por otro, uno de carácter práctico. Desde la perspectiva teórica, se niega la existencia de algún saber auténtico y se afirma que ninguna opinión es segura, que ninguna creencia está justificada, que ninguna creencia es más razonable que su contraria. Desde la perspectiva práctica, en cierto modo consecuencia de la anterior, el escepticismo propone la suspensión de todo juicio, a fin de que el individuo logre una tranquilidad interior (ataraxia). Al igual que el Jardín y el Pórtico, la escuela escéptica estaba destinada a crear un modo de pensar y una nueva actitud espiritual (Reale y Antiseri, 2001, p. 238).

Escuelas filosóficas de la Edad Media

Tras la caída del imperio romano de occidente y las invasiones de los bárbaros, será la Iglesia la que, a través de la organización de la enseñanza, va a incidir de manera categórica en el desarrollo de la cultura medieval en Europa. Este tipo de organización clerical da origen a las escuelas escolásticas. Los antecedentes inmediatos de la escolástica los encontramos en el final de la patrística, momento en el que se estableció, definitivamente, una conciliación entre la filosofía griega, fundamentalmente el platonismo, el neoplatonismo y, al final de la patrística, el aristotelismo.

Según Reale y Antiseri (2001), el término *escolástica* proviene de la palabra latina *scholasticus*, que se utilizaba para designar a todos aquellos que se ejercitaban en el arte de la enseñanza en las escuelas monacales, sobre todo las del siglo XI. Por lo tanto, *scholasticus* era el término con el que se llamaba a los maestros de la época. De esta misma raíz etimológica deriva el término *scholae*, que llega a nuestros días como *escuela*. Una detallada descripción del origen etimológico y acepciones del término escuela puede encontrarse en Coronado (2013).

El desarrollo y fortalecimiento de la escolástica durante el período comprendido entre los siglos XII y XIV tuvieron como consecuencia el hecho de que se le viera a esta como el soporte ideológico del sistema feudal de la época, quitándosele toda la trascendencia e influencia que pudo haber tenido en el

desarrollo del pensamiento humano en siglos posteriores. Ejemplo de esto es el concepto integrador de saberes que traspasa las fronteras de las disciplinas representado por grandes pensadores como San Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, entre otros.

En este aspecto sobresalen los trabajos de San Agustín y San Alberto Magno, quienes en su vertiente platónica y aristotélica, respectivamente, logran asimilar la filosofía pagana al cristianismo. Este logro de la filosofía medieval termina siendo silenciado, por un lado, por los ideales de la Revolución Francesa y, por otro, por el poder político alcanzado por los Estados emergentes (Inglaterra, Alemania y los países nórdicos), de confesión protestante. Este hito histórico marca el camino para que la filosofía y la ciencia logren su independencia y autonomía frente a la Iglesia, a partir del Renacimiento.

Se rescatan de la escolástica sus dos principales objetivos: 1) elevar la formación intelectual del clero y 2) recuperar la cultura clásica para una mejor sistematización de la cultura cristiana.

Durante el período de existencia de la escolástica surgieron varios tipos de escuelas, entre los cuales se pueden destacar las vinculadas a los monasterios o monacales, las creadas por los obispos, que funcionaban en la ciudad donde este tenía su sede, llamadas episcopales, y finalmente las palatinas, que pertenecían a las monarcas de turno.

Escuela franciscana

La escuela franciscana en sí misma no existió. Sin embargo, con esta denominación se conoce a un grupo de estudiosos medievales del siglo XIII, principalmente filósofos y teólogos ligados a la orden franciscana, que dentro del marco de la escolástica tardía influyeron significativamente en el pensamiento cristiano de la época.

Este grupo de académicos tuvo su inspiración, según lo señalan Reale y Antiseri (2001), en la profunda espiritualidad de san Francisco de Asís, fundador de la

orden y quien condicionó, intrínsecamente, la doctrina y pensamiento de sus seguidores.

Fueron muy famosos los grupos de pensadores que se organizaron en ciudades como Oxford, París y Bolonia, y quienes dieron origen a importantes núcleos culturales en el interior de las universidades de Oxford, París y Bolonia, respectivamente. Estos grupos dieron forma a una cultura propia, que se extendió posteriormente a través de toda Europa y que hoy se conoce con el nombre de *cultura occidental*.

El grupo de académicos franciscanos ligados a la Universidad de Oxford se dedicó a varias ramas del saber, como la filosofía y la teología, pero fueron especialmente conocidos por sus aportes en lógica, matemáticas y física. Por su parte, el grupo homólogo adscrito a la Universidad de París ejerció notable influencia en el pensamiento de la cristiandad, principalmente haciendo oposición al tomismo y aceptando las ideas de San Buenaventura, quien se había basado en Agustín de Hipona para construir su doctrina. Simultáneamente, la escuela franciscana de Bolonia sobresalió en el campo de la teología, desarrollando principalmente su pensamiento en el campo de la teología escolástica, en la universidad del mismo nombre. Lo común en la doctrina filosófica de las escuelas franciscanas es la preeminencia relativa del bien sobre la verdad y la primacía de la voluntad sobre el entendimiento (Reale y Antiseri, 2001, p. 254).

Desde estos tres grandes centros de pensamiento científico y filosófico, Oxford, París y Bolonia, conocidos como *Studia generalia*, comienza a difundirse el “celo por el estudio” hacia todas las demás provincias franciscanas de Europa. Gracias a ello, se introducen y popularizan ciertas costumbres que perdurarán hasta nuestros días, como la de conferir grados universitarios a quienes hubieren cumplido con un ciclo completo de estudios y hubiesen pasado las pruebas de conocimiento reglamentarias.

Los graduados recibían el título de Lectores, una especie de certificación académica oficial que les habilitaba para enseñar en las escuelas llamadas *Studia*

particularia, en sus respectivas provincias. Era responsabilidad de los provinciales, proveer de lectores a aquellos conventos de provincia que carecían de ellos.

Pronto, los *Studia particularia* se multiplican y difunden por toda Europa y con ellos el fenómeno de lo que hoy llamaríamos *cobertura de la educación*. No había, por decirlo así, convento alguno de cierta importancia en la época que no tuviese un Lector trabajando en el interior de sus claustros.

Escuela dominicana

Al igual que el caso anterior, la escuela dominicana es entendida como una corriente de pensamiento poseedora de una doctrina propia basada en la filosofía de Aristóteles. Fueron precisamente los frailes dominicos los que asimilaron y transformaron la filosofía del gran pensador griego, a partir de las traducciones e interpretaciones de sus obras, hechas del árabe, por Avicena y Averroes. Los representantes de esta escuela son Alberto Magno y santo Tomás de Aquino.

San Alberto, considerado el fundador de la escuela dominicana, se muestra como admirador de la filosofía y de la ciencia de Aristóteles, siendo uno de sus méritos más relevantes el haber introducido el aristotelismo en el pensamiento cristiano. Presenta a Aristóteles como un autor que era preciso comprender y no como un pensador que había que conocer para enfrentarlo. Desde esta escuela se intenta establecer una relación armónica entre la fe y la razón, y se trata de dar respuesta a las inquietudes del hombre frente a los problemas que afectan su sentido y significado de la vida.

Por otra parte, santo Tomás de Aquino (1221-1274) propone establecer la diferencia entre la teología y la filosofía, es decir, entre fe y razón, reconociendo el conocimiento autónomo de la filosofía, pero a su vez privilegiando el conocimiento que ofrece la teología acerca de Dios en sus aspectos más específicos, como por ejemplo la existencia de la Santísima Trinidad, la encarnación del Hijo de Dios o la virginidad de la santísima Virgen.

En este punto de nuestro recorrido histórico vale la pena resaltar que el mundo occidental recibe la herencia de la cultura antigua y con ella el legado de las obras aristotélicas, gracias a la escuela de los traductores de Toledo en España. Con este legado, Occidente logra acceder también a las aportaciones que los filósofos árabes hicieron a las obras de Aristóteles. Desde España, todo este conocimiento es transmitido a las universidades europeas del siglo XII.

La escuela de Oxford

La Escuela de Oxford está centrada en investigaciones científicas. Allí encontramos las primeras manifestaciones significativas de lo que puede considerarse una filosofía empírica de la naturaleza, vinculada con formas de indagación experimental. Uno de los más famosos representantes de esta escuela es Roger Bacon (1220-1294). Este filósofo, científico y teólogo inglés pasó casi toda su vida académica y científica entre Oxford y París. Tras haber estudiado y comentado por varios años el pensamiento aristotélico, decide dedicarse desde 1247 al trabajo científico.

Fue además un crítico fuerte de san Alberto Magno y de santo Tomás. Por ello, Jerónimo de Ascoli, quien ejercía como superior general de los franciscanos, considera sospechosas sus obras y en 1277 decide hacer una condena formal de sus tesis. A raíz de esto, Bacon estuvo en prisión hasta 1292. Ya en libertad, no pudo concluir su *Compendio del estudio de la teología*, una de sus más representativas obras.

A Roger Bacon se le considera un científico avanzado para su tiempo. Logró identificar los errores del calendario juliano, señaló los puntos débiles del sistema ptolemaico, indicó en óptica las leyes de reflexión y los fenómenos de refracción, comprendió el funcionamiento de los espejos esféricos, ideó una teoría explicativa del arcoíris, describió ingenios mecánicos (barcos, coches, máquinas voladoras) y tomó de los árabes la fórmula de la pólvora de cañón (Biografías y Vidas, 2014).

En opinión de Bacon, la inteligencia humana constituye un poder creador a partir del cual el hombre puede transformar o dominar la naturaleza, y servirse de ella para sus propios beneficios. Al respecto, este autor afirma:

Las máquinas para navegar pueden ser hechas sin remeros, de manera que los grandes barcos en los ríos y en los mares serán movidos por un solo hombre con mayor velocidad que si estuvieran llenos de hombres. También se pueden fabricar carros de modo que, sin animales, puedan moverse con increíble rapidez; así creemos que eran los carros armados de guadañas con los que lucharon los hombres de otros tiempos; también pueden construirse máquinas voladoras de forma que un hombre sentado en la mitad de la máquina maneje algún motor que accione alas artificiales que batan el aire como un pájaro volador. También una máquina de tamaño pequeño para levantar o bajar pesos enormes, nada es más útil que ella para casos de urgencia. Porque gracias a una máquina de tres dedos de alta y ancha y de menos tamaño, un hombre podría liberarse, *él y sus amigos, de todo peligro de prisión y elevarse y descender.*

También puede hacerse una máquina por la que un hombre pueda arrastrar mil hombres hacia él violentamente, contra su voluntad, y atraer otras cosas de manera parecida. También se pueden hacer máquinas para pasear por el mar y los ríos, incluso por el fondo, sin ningún peligro. Porque Alejandro el Grande las empleó, podía ver los secretos de la profundidad, como cuenta Ethicus el astrónomo. Estas máquinas se fabricaban en la antigüedad y, ciertamente, han sido fabricadas en nuestro tiempo, excepto quizá la máquina voladora, que no he visto ni conozco a nadie que la haya visto, pero conozco un experto que ha encontrado la manera de hacer una y tales cosas pueden ser fabricadas casi sin límites, por ejemplo, puentes sobre los ríos sin columnas o soportes, y mecanismos y máquinas inauditas (Reale y Antiseri, 2001, p. 517).

En el campo filosófico, Bacon adoptó una doctrina de los universales de tipo conceptualista y propuso la ciencia experimental como alternativa a la dialéctica escolástica; sin embargo, todo ello se basaba en una cosmovisión creyente, según la cual la ciencia se apoya en la teología (don divino) y la filosofía —su servidora— procede de la revelación desde Adán (Biografías y Vidas, 2014).

Escuela de San Víctor

Esta escuela, de origen filosófico y teológico, tuvo su centro de operaciones en la Abadía de San Víctor, la cual estaba ubicada en las afueras de París. Se atribuye su creación a Guillermo de Champeaux, un célebre teólogo y profesor catedralicio de Notre Dame. Champeaux sostenía serias discrepancias conceptuales con Abelardo y una vez, tras ser derrotado por este en una discusión sobre sus teorías sobre los universales, decidió enclaustrarse en la Abadía de San Víctor, donde se cree que permaneció enseñando hasta el fin de sus días, y dio así origen a la Escuela de San Víctor.

La influencia del pensamiento de san Agustín y de los métodos utilizados por este fueron determinantes en el pensamiento filosófico de la Escuela de San Víctor ya que esta estaba conformada por frailes y clérigos que seguían las reglas de San Agustín.

La escuela contaba dentro de sus principales exponentes con dos filósofos místicos muy importantes en la época, de nombres Hugo de San Víctor y Ricardo de San Víctor; a estos los acompañaban Gualterio de San Víctor y Godofredo de San Víctor. A los seguidores de esta escuela se les conocía como *victorinos*.

La filosofía de esta escuela se basaba en el conocimiento místico de Dios, el cual constituía el fundamento y fin de cualquier otro tipo de conocimiento. El misticismo y la cultura se unían de un modo pragmático.

Hugo de San Víctor, el más famoso maestro de esta escuela, incorpora, junto a las artes del trívium y el cuadrívium, las artes textiles, la construcción de armas, la navegación, la agricultura, la caza, el teatro o las técnicas para la conservación de los alimentos, disciplinas de naturaleza no religiosa que eran consideradas por algunos pensadores y corrientes teológicas de la época como inútiles.

El aprecio de Hugo por estas disciplinas no liberales se origina en la convicción de que su estudio podía servir para aliviar la actual condición humana. Al igual que la ética sirve para actuar con rectitud, la física ofrece los instrumentos para

un conocimiento más eficaz del mundo; esas artes vienen a satisfacer nuestras necesidades cotidianas (Reale y Antiseri, 2001, p. 437).

En síntesis, un aspecto importante del desarrollo de las escuelas medievales es que no son escuelas puramente filosóficas, sino que, por influencia directa de la Iglesia, adquieren un carácter teológico-filosófico, el cual se transformó en filosófico-científico cuando dichas escuelas se convierten en universidades. Es el caso de la Escuela de París que da origen a la Universidad de París; la Escuela de Oxford que da origen a la Universidad de Oxford; la Escuela de Cambridge que da origen a la Universidad de Cambridge; la Escuela de Padua que se convierte en la Universidad de Padua; la Escuela de Génova que se convierte en la Universidad de Génova, y la Escuela de Salamanca que se convierte en la Universidad de Salamanca, por mencionar algunas de ellas.

Escuelas filosóficas de las edades moderna y contemporánea

Como resultado de la transformación de las escuelas filosófico-teológicas de la edad media en universidades, el concepto de *escuela* cambia, y pasa a significar una corriente de pensamiento autónomo, vinculada con un pensador destacado que con su influencia e ideas originales lograba atraer seguidores dentro de la universidad. Surgen así, entre muchas otras, las escuelas escocesa y hegeliana. Centraremos nuestra atención en ellas, ya que las consideramos ejemplares para la época.

En la época contemporánea se gestan varios movimientos de pensadores independientes y escuelas representativas del pensamiento filosófico y científico alrededor del mundo, dentro de las cuales podemos resaltar el pragmatismo norteamericano, el Círculo de Viena y la Escuela de Frankfurt.

Escuela escocesa

El iniciador e inspirador de la escuela escocesa, también conocida como la ilustración escocesa, fue Thomas Reid. Este fue un movimiento de orden cultural que se desarrolló a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y cuya producción

intelectual, científica y cultural dio origen a una época de oro en la historia de Escocia, y convirtió así en un centro científico y cultural muy reconocido en la Europa moderna. Señala Herman (2003) que para 1750 los escoceses se contaban entre los habitantes más cultos de Europa, con una tasa de analfabetismo estimada de tan solo el 25 %.

Su fundamento epistemológico se conoce con el nombre de *realismo* puesto que apela al sentido común del hombre para reconocer la existencia verdadera de las cosas, externas a nuestra conciencia.

La escuela escocesa acogió los postulados humanistas y racionalistas de la Ilustración europea, por lo cual llegó a tener gran influencia de los intelectuales de Francia, un país con el cual Escocia siempre había mantenido relaciones de diverso tipo. Pese a esta influencia, la Ilustración escocesa se caracterizó por su espíritu original e innovador; los intelectuales escoceses reafirmarían la importancia de la razón, negando cualquier tipo de autoridad que no pudiera ser justificada con ella, y sosteniendo un punto de vista esencialmente optimista sobre la capacidad del individuo en contribuir y mejorar la sociedad y la naturaleza empleando únicamente su entendimiento.

Esta escuela se opuso a las ideas del empirismo inglés, representado por Berkeley y David Hume, las cuales alejan el pensamiento filosófico de las intuiciones y del sentido común. Estos filósofos desprecian el valor cognoscitivo del sentido común; por ejemplo, Berkeley niega la existencia de la materia, mientras que para Hume lo único que existe son las impresiones mediante las cuales se construye toda la estructura de nuestro conocimiento.

Reid, en su dura crítica a los textos de Berkeley y Hume escribe: “La única filosofía sana y ortodoxa es una adecuada interpretación de la naturaleza: todo lo que nosotros añadamos es apócrifo y carece de autoridad” (citado en Reale y Antiseri, 2001, p. 675).

Las contribuciones de la escuela escocesa se hicieron sentir en ciencias como la filosofía, economía, geología, ingeniería y sociología, y sus efectos e influencia

llegaron más allá de sus fronteras. El prestigio y valoración que alcanzaron las ideas y postulados de la Ilustración escocesa llegaron incluso, a través de muchos inmigrantes escoceses, a las colonias inglesas en Norteamérica, donde ejercieron una influencia decisiva en el futuro desarrollo de los Estados Unidos y de la sociedad industrializada en el nuevo continente.

Algunos de los principales pensadores de la escuela escocesa, además de Thomas Reid, son el filósofo Francis Hutcheson, los economistas Adam Smith y James Mill, el químico Joseph Black, el ingeniero James Watt, el lingüista Lord Monbodno y el antropólogo Lord Kames.

Escuelas hegelianas

Estas escuelas de pensamiento, curiosamente, aparecen después de la muerte de Georg Wilhelm Friedrich Hegel en 1831, fundador de un sistema filosófico conocido como hegelianismo y según el cual “lo absoluto” se manifiesta evolutivamente bajo las formas de naturaleza y de espíritu.

El numeroso conjunto de sus seguidores y discípulos en Alemania se dividió en dos ramas: la derecha hegeliana y la izquierda hegeliana, conocidos también como “jóvenes hegelianos”, dos corrientes contrapuestas que desarrollaron su filosofía sobre la base de concepciones abiertamente disímiles. En esencia, la diferencia de estas escuelas está en su concepción de Estado. La derecha hegeliana justificaba la existencia del Estado capitalista, mientras que la izquierda, en nombre de la dialéctica, pretendía negar el Estado capitalista existente.

Otra diferencia entre ambas fracciones es el problema de la religión. La derecha hegeliana interpretó el pensamiento de Hegel como compatible con los dogmas del cristianismo y como el esfuerzo más adecuado para transformar la fe cristiana en pensamiento moderno, justificándola ante la razón. La izquierda, en cambio, sustituyó del todo la religión por la filosofía, afirmando que hay incompatibilidad entre el pensamiento hegeliano y el cristianismo, negándole a este todo elemento de transcendencia y reduciendo la religión a cuestiones meramente antropológicas.

De acuerdo con lo expuesto por Reale y Antiseri, en esta propuesta de izquierda, el mensaje divino es un hecho esencialmente humano a través del cual se puede llegar a saber muchas cosas, pero no sobre Dios, sino sobre el hombre y sobre sus aspiraciones profundas y su historia (2001, p. 159).

La historia ha mostrado que fue la izquierda hegeliana la de mayor influencia en el desarrollo del pensamiento humano. Esta facción acentuó las tendencias anticristianas del hegelianismo y desarrolló escuelas materialistas, socialistas, racionalistas y panteístas.

Sus representantes se podían señalar con facilidad en Inglaterra (Hutchison, Hill, Lewis, etc.), Dinamarca (Ludvig Heiberg, Lassen Martensen, etc.), Italia (Croce), Francia (Vicherot), Alemania (Karl Marx) y Estados Unidos (Thomas Watson y William Harris), entre otros países.

Círculo de Viena

El comienzo del Círculo de Viena está vinculado con Moritz Schlick, que en 1922 llega a Viena para encargarse de la cátedra de Filosofía de las ciencias inductivas, la cual ya había ocupado Ernst Mach y anteriormente Ludwig Boltzman.

Lo característico del Círculo de Viena eran los coloquios que cada viernes por la noche, desde 1924, se desarrollaron como espacios interdisciplinarios donde se propiciaba el debate intenso sobre problemas de orden lógico-filosófico, el análisis profundo de temáticas vinculadas con el lenguaje natural y científico, álgidas controversias sobre problemas metafísicos de la filosofía y la discusión crítica sobre planteamientos ético-políticos de la época.

Hacían parte de esta escuela eminentes pensadores y científicos de diferentes áreas del saber; por ejemplo, el matemático Hans Hahn, el sociólogo y economista Otto Neurath, el filósofo de derecho Félix Kaufmann y el filósofo analítico Rudolf Carnap, entre otros.

Así, pues, se formaliza la corriente de pensamiento del Círculo de Viena, en 1929, con la publicación del manifiesto que proclama el neopositivismo como el programa filosófico de dicha escuela. Aunque el Círculo de Viena no lo reconozca, esta escuela, a la manera de ver de los autores del presente documento, se constituyó en el punto de encuentro de las escuelas filosóficas y el pensamiento científico de la época. Una de las premisas del Círculo de Viena era que el pensamiento filosófico no debía operar solo sino estar en simbiosis con el pensamiento científico, de tal manera que se pudiesen integrar diferentes saberes disciplinares en uno solo que conformaría lo que ellos denominaron *ciencia unificada*. Desde esta posición, filosofía no significa presentar tesis con determinados contenidos, sino una actividad integradora frente a los saberes científicos.

Con este enfoque de trabajo, original y novedoso, se abrió la posibilidad de crear escuelas con una naturaleza distinta a las propuestas tradicionales que se conocían hasta el momento. Una escuela caracterizada por el trabajo colectivo de sus integrantes orientado a la construcción de saber propio no disciplinario, pero soportado en principios filosóficos de corriente neopositivista, es decir, una escuela que rechaza todos los planteamientos metafísicos existentes en las ciencias.

El marco referencial de esta escuela es la teoría verificacionista, mediante la cual se propone establecer la frontera, de manera rigurosa e intransitable, entre los saberes científicos y no científicos. Esta escuela, de cierta manera, puede servir como referente y modelo para la construcción de las escuelas de pensamiento en la universidad.

Escuela de Frankfurt

La Escuela de Frankfurt tuvo su origen en el Instituto para la Investigación Social fundado en Frankfurt a principio de la década de los veinte del siglo pasado. Karl Garünberg, marxista austríaco e historiador de la clase obrera, fue nombrado director del instituto. Más tarde le sucedió Fridrich Pollock, y luego en 1931, Marx Horkheimer.

Gracias al nombramiento de Horkheimer como director, el instituto fue adquiriendo cada vez más importancia y asumió los rasgos de una escuela dedicada a elaborar aquel programa que ha pasado a la historia de las ideas con el nombre de teoría crítica de la sociedad.

Esta escuela, a diferencia del Círculo de Viena, no quiere ser la integradora de las ciencias, sino vincularse únicamente a las ciencias sociales. Por lo tanto, a los integrantes de esta escuela los une un saber social disciplinar. Aquí el pensamiento filosófico de la escuela es de una corriente determinada: el pensamiento marxista. De esta manera, a partir de herramientas filosóficas marxistas, la escuela elabora la teoría crítica de la sociedad contemporánea, que se constituye en el medio de denuncia de las contradicciones propias de la organización social capitalista, defendidas a todo costo por el sistema burgués imperante.

A diferencia de los pensadores marxistas, la escuela rechaza los medios violentos para superar dichas contradicciones y lograr los objetivos supremos propuestos por Marx. Para ello, apela a procedimientos democráticos de participación ciudadana, como la votación, la protesta pacífica, el referéndum o la tutela en el caso colombiano.

Esta escuela promulga lo que es conocido como *humanismo marxista*. Una propuesta filosófica de corte ético-social que renuncia a la ideología revolucionaria y promueve el desarrollo de los valores éticos y morales, que se encuentran en el trasfondo del pensamiento marxista, como alternativa de mejoramiento de la sociedad actual.

La escuela pragmática

Esta escuela es creada en Estados Unidos a finales del siglo XIX y da origen a una corriente de pensamiento conocida como pragmatismo. Sus creadores fueron Charles Pierce, John Dewey y William James, que consideraban en su postulado fundamental que solo es verdadero aquello que funciona, focalizándose así en el mundo real objetivo.

El pragmatismo se caracteriza por la insistencia en las consecuencias como manera de caracterizar la verdad o significado de las cosas. El pragmatismo se opone a la visión de que los conceptos humanos y el intelecto representan el significado real de las cosas, y por lo tanto se contraponen a las escuelas filosóficas del formalismo y el racionalismo. También el pragmatismo sostiene que solo en el debate entre organismos dotados de inteligencia y con el ambiente que los rodea las teorías y datos adquieren su significado. Rechaza, así mismo, la existencia de verdades absolutas; las ideas son provisionales y están sujetas al cambio, a la luz de la investigación futura.

Desde la propuesta de Pierce, el conocimiento no es intuición, no es una aceptación acrítica de las suposiciones del sentido común, no es una síntesis a priori; el conocimiento es la búsqueda y la búsqueda parte de la duda. La irritación de la duda es la que provoca una lucha para conseguir un estado de creencia, que es un estado de calma y satisfacción. Tratamos de conseguir creencias porque estas son hábitos que determinan nuestras acciones (Reale y Antiseri, 2001, p. 434).

La versión lógica del pragmatismo propiamente dicha es representada por Pierce y, a diferencia de este, la versión moral del pragmatismo es creada por James. Para James, según lo señalan Reale y Antiseri, el pragmatista aspira a la concreción y a la adecuación de los hechos, mediante la acción eficaz que lleva al cumplimiento de los propósitos propuestos. Lo que yo quiero, lo realizo (2001, p. 440).

Las escuelas científicas

De manera convencional podemos asumir que Tales de Mileto da inicio tanto al pensamiento filosófico como al pensamiento científico. El filosófico, porque se pregunta sobre las primeras causas del origen de todo el universo; el científico, porque construye la primera teoría racional con la cual pretende dar explicaciones a los fenómenos del mundo físico.

Lo común de la filosofía y la ciencia es su separación del mito y la búsqueda de explicaciones racionales. Las explicaciones filosóficas se expresan mediante las ideas; las explicaciones científicas, mediante teorías. Aquí entendemos por ideas aquello que, en términos popperianos, no podemos falsear, porque ellas no pueden ser delimitadas por la experiencia. Las ideas filosóficas pueden ser abandonadas, olvidadas, criticadas, pero nunca se puede decir de ellas que quedaron falseadas. Las teorías científicas se someten a los procesos de verificación, demostración y validación, lo que hace que lo que decimos sobre ellas pueda modificarse. En muchos casos, la confusión de las ideas filosóficas con las teorías científicas se da por querer verificar las ideas filosóficas de la misma manera o con el mismo método con el que se verifican las teorías científicas.

Podemos notar, por ejemplo, en el Liceo de Aristóteles, que por un lado se constituyen las ideas filosóficas, sobre el ser, la ética y la política, mientras que por otro lado aparecen teorías científicas sobre las plantas, la astronomía y los animales. Estas teorías perdieron su validez y fueron criticadas fuertemente por Galileo, debido a que no apelaban a los métodos experimentales, sino que fueron fruto de meras especulaciones. Sus explicaciones recurrían a las ideas filosóficas y no a la experimentación, es decir, tenían carácter cualitativo y no cuantitativo. El hecho de que las teorías científicas formuladas por Aristóteles perdieran su validez no quiere decir que sus ideas filosóficas se invalidaran también. Las ideas filosóficas no son falsificadas por las teorías científicas.

Otro ejemplo de lo anterior es el marxismo. Marx planteó como teoría científica que los hechos revolucionarios deberían haber ocurrido en Alemania, lo que nunca sucedió como la historia lo demostró; pero esto no invalidó sus planteamientos filosóficos acerca del desarrollo dialéctico de la materia, de la sociedad y del mundo.

Cuando de manera explícita nos referimos a las escuelas filosóficas, también hacemos referencia a las escuelas científicas; esto es, las escuelas científicas están inmersas dentro de algún pensamiento filosófico que las guía. Por lo tanto, el pensamiento científico es una concreción de una idea filosófica.

Otro punto en común entre estos dos grandes tipos de escuelas de pensamiento es que ambas orientan su actividad hacia la búsqueda de las causas. En esta búsqueda la filosofía se focaliza en el todo, mientras que la ciencia se concentra en lo particular. Esta finalidad hace que el trabajo de la ciencia tome un carácter disciplinar, como sucedió en la Modernidad y sigue sucediendo actualmente.

La finalidad propia de la ciencia se quiso aplicar a la filosofía, es decir, que esta fuese también disciplinaria. Este tipo de planteamiento resultó ser una tarea imposible de realizar, ya que el enfoque de la filosofía nunca fue particular; por el contrario, tenía carácter universal. Aquí encontramos el punto de divergencia entre la ciencia y la filosofía, situación que resultó perjudicial para ambos, puesto que la ciencia perdió el horizonte universal y se está cada vez más atomizando y fraccionando, mientras que la filosofía perdió su conexión con la realidad concentrándose más en el mundo de las ideas y sus pensamientos, que en los hechos de lo real.

Esta divergencia o ruptura hace que, desde la Modernidad, las escuelas científicas no quieran ser identificadas o definidas por un pensamiento filosófico, sino que quieren constituirse en contrapropuestas al pensamiento filosófico. La pretensión de la escuela científica fue construir saberes disciplinares y en cada uno de ellos un paradigma que la rigiera en su totalidad. Como consecuencia, las escuelas en sí mismas deberían desaparecer y favorecer así la permanencia de los saberes disciplinares universales.

Un logro parcial de este planteamiento se notó en la física, en la cual la teoría newtoniana se consideraba el paradigma universal y definitivo, reconocido por toda la comunidad científica mundial. Sin embargo, hoy sabemos que con la teoría de la relatividad de Einstein, el paradigma newtoniano perdió su vigencia y que, por otra parte, con el descubrimiento del mundo cuántico el saber disciplinar de la física, considerado como universal, se fraccionó en diferentes corrientes y visiones incompatibles entre sí.

Hoy, la atomización de los saberes dentro de una misma disciplina es tan grande que los científicos de esta no logran utilizar ni siquiera un mismo lenguaje, y pierden así el horizonte universal que les proporcionaba la filosofía. La consecuencia final de este fenómeno de atomización y divergencia de las ciencias y la filosofía llevó a que los filósofos se encerraran en su mundo abstracto y los científicos se perdieran en el laberinto de sus propios conocimientos disciplinares.

El fenómeno anteriormente descrito se puede ilustrar a partir de la aparición del conjunto de disciplinas surgidas en el período comprendido entre principios del siglo xix y mediados del siglo xx (tabla 2), que a pesar de su deseo de poseer un saber paradigmático terminan siendo escuelas disciplinares en disputa.

Frente a esta situación de divergencia surge la necesidad de una nueva convergencia entre ciencia y filosofía, con condiciones de complementariedad, mutuo respeto y reconocimiento por sus ideas y cooperación en los procesos de generación de nuevos saberes, no necesariamente marcados por el concepto de lo disciplinar.

Tabla 2.

Ejemplos de escuelas de pensamiento disciplinares

Área	Escuela	Representante principal	Época
Biología	Evolucionista	Charles Darwin	Siglo XIX
	Creacionismo	C. Linneo	Siglo XIX
	Teoría de catástrofes	G. Cuvier	Siglo XIX
	Teoría general de sistemas	Von Bertalanffy	Siglo XX
Economía	Mercantilista	Mirabeau	Siglo XIX
	Fisiócrata	Francois Quesnay	Siglo XVII
	Clásica	Adam Smith	Siglo XVII
	Austriaca	Carl Menger, Joseph Schumpeter	Siglo XIX hasta nuestros días
Matemáticas y Física	Pitagórica	Pitágoras de Samos	Siglo V a. C.
	Megárica o Euclidiana	Euclides de Megara	Siglos IV-II a. C.
	Newtoniana	Isaac Newton	Siglo XVII

Psicología	Experimental o Escuela de Leipzig	Wilhelm Wundt	Siglo XIX
	Gestalt o Escuela de Graz	Christian von Ehrenfels	Siglo XIX
	Conductismo	John Watson	Siglo XX
	Psicoanalítica	Sigmund Freud	Siglo XX
Sociología	Marxista	Karl Marx	Siglo XIX
	Sociología Sistémica	Emile Durkheim	Siglo XIX
	Weberiana	Max Weber	Siglo XX

Fuente: elaboración propia.

Semejanzas y diferencias entre escuelas filosóficas y científicas

A partir de la aproximación histórica al desarrollo del pensamiento humano que hemos realizado, podemos establecer que las escuelas o corrientes de pensamiento han seguido uno de dos caminos: o son escuelas filosóficas puras o son escuelas científicas que han tenido la influencia de algún pensamiento filosófico. Sin embargo, estas escuelas no han constituido sistemas de pensamiento independiente y ajeno entre sí. Por el contrario, es posible identificar semejanzas y diferencias que las acercan o distancian, pero que en ningún momento las colocan en posiciones irreconciliables, ya sea por su fundamentación epistemológica, la naturaleza de los métodos utilizados para acercarse a la verdad o el tipo de problema que desean estudiar.

Veamos entonces cuáles son esas semejanzas y diferencias que caracterizan a las escuelas filosóficas y científicas vistas en conjunto.

Semejanzas

En las escuelas filosóficas y científicas se engendran conocimientos que expresan el deseo de encontrar la verdad. Los hallazgos de estas escuelas se expresan en teorías científicas o en ideas filosóficas. Así mismo, en estas escuelas el conocimiento es el fruto de la investigación colectiva. También en estas se busca sistematizar, conservar y difundir un saber, que es producto de sus investigaciones, elucubraciones y disquisiciones epistemológicas o científicas. Cada escuela

tiene su forma de acercarse a la realidad y poner acento en alguna parte de ella. Por ejemplo en lo cultural, material, social, religioso, etc.

Por otro lado, tanto las escuelas científicas como las filosóficas están interesadas en la transformación de la sociedad y el individuo. Por lo tanto, formulan diferentes propuestas de cambio y transformación de lo colectivo y lo individual. Propenden, también, de manera integral hacia el bienestar de la colectividad y el individuo.

Tanto unas como otras tienen pensadores reconocidos que las identifican y trazan el rumbo de su corriente de pensamiento. Por ejemplo, Platón para el platonismo; Darwin para el darwinismo; Freud para el psicoanálisis; Heidegger para el existencialismo; Piaget para el constructivismo o Hawkins para la física teórica.

Las escuelas se identifican por una creencia compartida por todos sus integrantes. Por ejemplo, el marxismo se fundamenta en el desarrollo de la materia desde donde todo comienza, se desarrolla y regresa; la fenomenología que se basa en la creencia de la esencia pura de los hechos y el nihilismo de Nietzsche que niega la existencia de los hechos puros.

Diferencias

Las escuelas filosóficas se dedican, en su mayoría, a los grandes problemas del hombre y la humanidad, como el ser, el hacer y el conocer. Los problemas del ser u ontológicos están referidos al origen de todo lo que existe; los problemas del conocer o epistemológicos se ocupan de la verdad de nuestro conocimiento, y los problemas del hacer, que están referidos al comportamiento humano, pueden ser éticos cuando tratan del comportamiento individual o políticos si tratan del comportamiento social.

Las escuelas científicas se interesan en problemas concretos en el marco de una disciplina o saber específico, con cuya solución se pretende mejorar las condiciones de la vida humana en algún sentido. Por ejemplo, el descubrimiento de una

vacuna para la cura del VIH; encontrar maneras efectivas para disminuir la pobreza; prolongar la vida humana o incrementar la calidad de vida de los individuos.

El conocimiento filosófico se expresa mediante ideas que no se someten a ninguna modificación. a diferencia del conocimiento científico que es susceptible de ser modificado. Por ejemplo, para el platonismo las ideas son una realidad objetiva; para Kant existen formas a priori de intelecto que son la condición de todo conocimiento humano. En la física tenemos la teoría geocéntrica de Ptolomeo que fue modificada, posteriormente, por la teoría heliocéntrica de Nicolás Copérnico y las teorías atómicas, en las cuales el átomo se consideraba como partícula indivisible hasta la aparición de las teorías cuánticas, que cambiaron radicalmente esta concepción.

Las escuelas filosóficas crean su propio sistema de categorías mediante el cual están interpretando el mundo y construyendo sus ideas. Estas ideas no son universalmente reconocidas, solo funcionan en las escuelas donde fueron creadas. Por ejemplo, el empirismo no reconoce la categoría *formas a priori*, que es fundamental para la filosofía kantiana. Por otra parte, en la filosofía kantiana no se reconoce la *intuición intelectual*, que es una categoría básica para el platonismo.

Las escuelas científicas buscan la unificación de las categorías bajo una misma teoría que sea reconocida por toda la comunidad científica. Es decir, que cuando usamos términos como materia, energía o masa, toda comunidad científica los entenderá bajo la misma teoría a la que pertenecen (física) y los interpretarán desde el mismo significado. Así mismo, en las escuelas filosóficas no hay paradigmas y no hay deseo de encontrarlos, mientras que en las escuelas científicas existe la pretensión de crearlos y de desarrollar su actividad de acuerdo con alguno de ellos.

Las escuelas filosóficas pretenden ser homogéneas y mantener un cierto grado de pureza de sus ideas, es decir, evitar la influencia o contaminación ideológica de otras corrientes. En cambio, las escuelas científicas son filosóficamente híbridadas, o sea, asimilan varias posturas filosóficas que van a justificar su naturaleza y el tipo de investigaciones que realizan.

A manera de conclusión

Teniendo en cuenta lo expuesto en este artículo, quienes ahora estamos inmersos en ese ejercicio del pensar debemos entender que las reflexiones que hacemos en el interior de las escuelas no pueden ser otra cosa que un ejercicio colectivo, responsable y creativo, que nos debe llevar a alcanzar un conocimiento integral que permita comprender el profundo significado y complejidad del objeto de estudio que ha suscitado nuestro interés común y admiración. Solo así podríamos considerarnos verdaderas escuelas de pensamiento, de lo contrario estaríamos en el plano de lo meramente disciplinar y nuestra acción reflexiva quedaría reducida a producir conocimiento referido a un campo de saber concreto. Esto absorbería todo el esfuerzo del colectivo, limitaría su capacidad de trascendencia, restringiría su influencia de transformación de la realidad y podría conducirlo a su desaparición a causa de no ofrecer ningún tipo de creencia o idea seductora que cautive a sus seguidores y los impulse hacia las fronteras de lo revolucionario, novedoso y desconocido.

El recorrido histórico que se acaba de describir en el presente documento nos hace notar que los grandes pensadores de la humanidad han ejercido influencia en sus sociedades y en ciertas épocas de la historia, por la fuerza de sus ideas, creencias y convicciones, y porque han trasegado humildemente la ruta de la sabiduría, partiendo del conocimiento vulgar y especulativo, pasando por el conocimiento científico, metódico y profundo, hasta alcanzar el conocimiento integral universalizador.

La apuesta de los autores del presente escrito es que el pensar filosófico y el pensar científico se complementen para que las doctrinas surgidas desde su interior logren generar grandes transformaciones en el pensamiento, cambios considerables en la cosmovisión del mundo y nuevas formas de convivencia de los hombres en contextos sociopolíticos, religiosos, estéticos y técnico-científicos, radicalmente diferentes.

Se dejaría entonces para la reflexión filosófico-científica, metódica, sistemática y profunda, de todos los que se consideren discípulos de las escuelas de pensamiento lasallistas, la siguiente pregunta: ¿cómo deben ser nuestros colectivos del pensar, para que adquieran la categoría de escuelas de pensamiento trascendentes y no caigan en el nivel de grupos interdisciplinarios dedicados únicamente al desarrollo de investigaciones en un campo específico del saber?

Bibliografía

- Bernabé, A. (2008). *Fragmentos presocráticos: de Tales de Mileto a Demócrito*. Madrid: Alianza.
- Biografías y Vidas. (2014). *Roger Bacon*. Recuperado el 25 de julio de 2015, de http://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/bacon_roger.htm
- Coronado, J. (mayo-agosto, 2013). *Escuelas de pensamiento, universidad e ingeniería*. *Revista de la Universidad de La Salle*, 61, 245-283.
- Diccionario Etimológico de la Real Academia Española (2015). Recuperado el 23 de julio de 2015, de <https://sites.google.com/site/pyrrus7/diccionario-etimologico>
- García Yebra, W. (1970). *Metafísica de Aristóteles*. Madrid: Gredos.
- GetCITED (2015). *Escuela Cínica*. Recuperado el 23 de julio de 2015, de <http://www.luenticus.org/articulos/03U014/antistenes.html>
- Herman, A. (2003). *The scottish enlightenment: the scots' invention of the modern world*. Fourth Estate: Limited.
- Popper, K. (1999). *El mundo de Parménides. Ensayos sobre la ilustración presocrática*. Barcelona: Paidós.
- Reale, G. y Antiseri, D. (1995). *Historia del pensamiento filosófico y científico* (tomos II y III). Barcelona: Herder.
- Reale, G. y Antiseri, D. (2001). *Historia del pensamiento filosófico y científico* (tomo I). Barcelona: Herder.